

Nunca hacer cosa por vana gloria, sino por solo Dios.

Echar todas las cosas á buena parte.

Rogar todos los dias por toda la Compañía, y particularmente por el Padre General, por los otros Superiores y por los oficiales de aquel colegio en que vive.

P. NIEREMBERG.

P. JERÓNIMO RAMIREZ

NACIÓ el P. Jerónimo Ramirez en la ciudad de Sevilla, de padres honrados, año de 1557.

Crióse desde muy niño en casa de la Duquesa de Alcalá, y por ver su mucha virtud y buena inclinacion, lo dió al Obispo de Cádiz D. García de Haro, deudo suyo, donde estuvo bien estimado, hasta que le envió á Córdoba á estudios mayores.

En estas escuelas dió desde luego raro ejemplo, no sólo de virtud ordinaria, sino de persona que á todo rigor caminaba á la perfeccion. Los ejercicios de mortificacion, penitencias, disciplinas, cilicios, eran muy ordinarios; la oracion muy frecuente, en que era muy regalado de nuestro Señor.

Sus salidas al campo los dias de vacacion eran á fervorizar su corazon, con otros compañeros tales que buscaba, y ellos buscaban á él, con quienes entretenia la tarde en divinas alabanzas en sus criaturas, en que se enternecia y abrasaba de suerte que todos los estudiantes que trataban de virtud, se le llegaban, pendian de su boca y consejo, y procuraban su comunicacion.

No se quedaba en palabras la devocion del muy fervoroso mancebo, porque de ellas pasaba á las obras, y salia encendido para las de mortificacion y humildad, que en este tiempo ejercitaba.

Sustentábalo el santo Obispo con todo quanto habia menester, y fuera de eso gozaba un beneficio de la iglesia de Tarifa; pero él por mortificarse é imitar en algo la pobreza de Cristo nuestro Señor, iba algunas veces á los conventos y porterías de religiosos con su escudilla como pobre, á comer con los demas de la limosna que allí se da. Y tenia tanta estima de los pobres, en quienes está representado Cristo, que, un dia festivo de los santos Patrones de Córdoba S. Acisclo y Sta. Victoria, pasando por la calle donde estaba un

pobre pidiendo limosna con demostracion de una pierna llagada y manando podre; llevado del fervor de su devocion, se hincó de rodillas y se la besó, y bañó sus labios de aquel asqueroso humor. Esta accion del virtuoso mozo admiró á algunos que lo vieron.

A este paso iba edificando lo demas de su modestia, recato, sufrimiento y paciencia en las ocasiones que se le ofrecian, todo el tiempo que le duró estudiar en Córdoba, que fueron dos años ántes de entrar en la Compañía, donde se puede decir, que ántes de entrar en ella era ya varon perfecto, y despues, en el tiempo de su noviciado y estudios, prosiguió con tan grande constancia en caminar á la perfeccion, que todo su cuidado del H. Jerónimo era amoldar su vida á la que enseña el libro de oro del *Contemptus mundi*, que no dejaba de las manos para su leccion espiritual. Y siendo así que todo el libro enseña la nata del espíritu y perfeccion evangélica, es muy notado el cap. xxv del lib. 3.º, que trata de la extremada perfeccion de cuatro cosas: el fervoroso Hermano preguntó una vez á su maestro en Teología P. Ignacio Yañez, que cómo podia ser que estuviese tal perfeccion en aquellas cosas, porque él era un imperfecto y malo, y por la bondad de nuestro Señor se hallaba con aquellas cuatro cosas: y esto lo confesaba con tanta sinceridad, que admiraba á los que lo supieron.

Su vocacion á la Compañía fué maravillosa, porque se le apareció de repente un hombre muy venerable, que le dijo se entrase religioso de la Compañía de Jesus, porque esa era la voluntad de Dios. Con esto entró en la Compañía el año de 1577, siendo de edad de veinte años, donde vivió los cuarenta y tres con notable perfeccion y santidad.

Desde su noviciado tuvo nombre de gran religioso, devoto, humilde, obediente, muy recogido y amigo del silencio, y con él sabia juntar á sus tiempos el trato apacible y afable con todos. Sus pláticas ordinarias eran de Dios, para que tenia prevenidos ejemplos de dichos y hechos de santos y cuentecitos para este intento.

En lo que más pareció señalarse fué en el ejercicio santo de la oracion; porque no contentándose con tener las horas señaladas, se levantaba á tenerla una hora ántes de la Comunidad, y todos los ratos que podia hurtaba al tiempo, no faltando á lo que era obediencia, para darlos al trato con nuestro Señor. Y aún cuando iba de camino no se olvidaba, por cansado que estuviese, de este su amado ejercicio, ántes entónces se daba más á él, llevando siempre consigo un pequeño Crucifijo, que en viéndose á solas sacaba, y con él eran sus coloquios y entretenimientos tiernos, porque fué siempre devotísimo de la Pasion de nuestro Señor, con quien hallaba consuelo en sus trabajos, y no ménos lo fué de la Santísima Virgen, á quien siempre tuvo por Madre.

El celo que tuvo de ayudar á las almas fué infatigable y de los raros que se han conocido en los hijos de la Compañía, y con él salió encendido desde el noviciado; porque, siendo estudiante artista en Córdoba, se encargó de los que llaman algarines ó pícaros, gente humilde y desamparada, y les hacia la doctrina y pláticas con tanto fervor, que hizo muy grande fruto en ellos.

A los dos años de su Teología, el de 1584, pasó á la provincia de Méjico con el P. Provincial Antonio de Mendoza, y apénas hubo llegado de España, cuando fué enviado al colegio de Pazcuaro, á que aprendiése la lengua de aquella provincia, que es de las más pobladas de indios que hay en la Nueva España, y juntamente se encargara de la escuela de niños de escribir y leer que hay en aquel colegio.

A todo acudia con su continuo fervor y cuidado el H. Jerónimo, y alcanzó á saber la lengua de suerte que podia hacer la doctrina y predicar en ella en la plaza de aquella ciudad, que es de gran concurso de indios; y en ellos y en los españolitos de la escuela tenía con mucho consuelo empleado su fervoroso deseo de ayudar las almas.

Volvió á Méjico á acabar sus estudios, en que salió muy aprovechado, y en el mismo tiempo aprendió la lengua mejicana, que supo y ejercitó bien.

Acabado sus estudios y ordenado de Sacerdote, volvió á Pazcuaro, donde se ocupaba con grande fruto y edificacion de todos en confesar y predicar á indios y españoles: y no contento con esto, salió en mision por los partidos de muchos beneficios y curatos que hay en aquella provincia, ejercitando todos los ministerios de caridad que usa la Compañía.

En particular hizo una mision que le duró ocho meses, en que corrió gran parte de tierra muy caliente, y de la costa de Colima y Zacatula, y otras provincias muy distantes, con extraordinario aprovechamiento de las almas y á costa de grandes trabajos que padeció con ocasion de un catarro pestilencial que por aquel tiempo corria y de que moria mucha gente. Acudia infatigablemente el caritativo Padre á los enfermos y apestados, y no sólo á administrarles los santos Sacramentos, sino tambien á curarlos con grande caridad y regalarlos en cuanto podia.

En los pueblos donde entraba, apénas quedaba persona que no se confesase como si fuera semana santa; y por consolar á todos, le era forzoso confesar hasta las diez de la noche, y á la mañana ántes de amanecer estaba ya la iglesia llena de gente para confesar. El fervor de las pláticas en peregrina lengua, y el ser estas tierras muy apartadas y donde pocas veces alcanzan este beneficio, todo ayudaba mucho y aumentaba los admirables trabajos del P. Jerónimo Ramirez, el cual predicaba de ordinario dos sermones cada dia, uno á la mañana y otro á la tarde.

Las procesiones, cantando la doctrina, eran muy frecuentes y solemnes, á que acudia toda la gente, y hechas las preguntas del catecismo, y repartidos premios á los niños, predicaba á los demás, y tal vez en dos y tres lenguas, por la variedad de los que concurrían. Y á esta tan grande ocupacion no habia de faltar la oracion (que siempre fué muy estimada y amada del Padre), con otros ejercicios espirituales que le obligaban á dormir muy poco, y aún llegaba á faltarle el tiempo para comer y otras cosas forzosas.

Guardaba sus ayunos y penitencias inviolablemente, y el mismo estilo guardó siempre en todas sus misiones, que fueron muchas y por muchos años.

Los frutos que en estas cogió seria largo el contarlos, de confesiones generales, enmiendas de vidas, costumbres de embriagueces desterradas, idolatrias y rastros de supersticiones, que ordinariamente suelen quedar en indios, aún despues de bautizados. Todo quedó grandemente remediado, favoreciendo Dios y dando feliz cosecha á los trabajos santos de su siervo.

Habiendo gastado tres años en estos ejercicios en el colegio de Pazcuaro y provincia de Mechoacan, pasó á la ciudad y real de minas de Zacatecas, donde no fué menor el fruto que cogió este apostólico varon con las solemnes procesiones de las doctrinas que hacia, exhortaciones y frecuentes sermones en español, mejicano y lengua tarasca que es la de Mechoacan, donde habia estado.

Concurría mucha gente de estas lenguas á trabajar en aquel real, en el cual fué grande el provecho que en todos estos indios hizo, por el temor y respeto que le tenían y por el fervor con que les predicaba, sin dejar por eso de acudir con el mismo á los ministerios de los españoles, porque siempre se extendia á todos el celo de su caridad.

Del colegio de Zacatecas, como de puesto más cercano, salió á las dos misiones de tepeguanes y Parras, siendo el primero que dió principio á ellas. Eran de naciones bárbaras y gentiles, y que nunca habian visto la luz del Evangelio; y como los Superiores tenían bien conocido el fervor de espíritu del P. Jerónimo Ramirez, y cuán esforzado era para sufrir trabajos por Cristo y por el bien de las almas, le encomendaron estas empresas, y él tenia por feliz suerte que echáran mano de él para semejantes empleos.

Lo mucho que trabajó en desmontar estas selvas de gentilidades, y el fruto que cogió en sembrar la doctrina del santo Evangelio es increíble, aprendiendo sus lenguas muy difíciles y domesticando indios más fieros y bárbaros que las fieras del campo; los amansó y trocó en ovejas mansas de Cristo, bautizando gran número de ellos y trayéndolos al rebaño de la santa Iglesia, habiéndose visto muchas veces á peligro de perder la vida en la demanda. Y para que se vea el espíritu apostólico de este insigne varon, me ha pare-

cido poner aquí una carta que escribió á su Superior, dándole cuenta de la entrada que hizo en la mision de Parras: es la que se sigue:

«Trújome nuestro Señor á este pueblo de Cuencame, que está en un valle ameno cercado de serranías algo distantes, y él lo está á unas ocho leguas del rio de las Nasas que entra en la laguna, y hasta aquí pueblan los indios zacatecas. Cuando llegaba á su pueblo, como gente más cercana y que ya entra á la labor de las minas, me salieron á recibir algunos indios á caballo, y gente bien dispuesta con algun vestido.

»En el pueblecito habia pocas casas y gente, pero esa que habia, cuando llegué á él, me recibió con mucha afabilidad, divididas las mujeres de los hombres, y algunos indios principales que habian concurrido del rio, teniendo noticia de mi entrada, me hicieron presente de algunos de los frutos y semillas que cogen, con grandes muestras de alegría por haber llegado á sus tierras, y más regocijo de oirme hablar en su lengua cuatro palabras que por el camino habia aprendido.

»Hospedéme en una casa de adobes, que sola habia en el lugar, de un indio tarasco de Mechoacan, antiguo cristiano, que Dios habia traído aquí para nuestra ayuda. La casita, aunque pequeña, me pareció al presente la más apropósito para hacer iglesia, y los indios cubrieron un portalito que nos sirviese de vivienda.

»He comenzado á aprender la lengua y disponer la doctrina y catecismo. Aún no me atrevo á bautizar la gente, hasta que tome más asiento esta doctrina, y haya disposicion para ello. Solamente he dado este Sacramento á una india, *in articulo mortis*, y á un viejo que parece que tuvo nuestro Señor guardado solamente para recibir el bautismo, el cual habiendo estado muy atento, y entendido los misterios de nuestra santa fe, y mostrado dolor de sus pecados; luego que recibió ese Sacramento de salvacion perdió el juicio con la fuerza de la enfermedad y murió. A otros indios que hay enfermos, los visito, y llevo lo que puedo de cosas de comer y agua bendita, y les digo Evangelios, á los cuales atribuyen ellos la salud que el Señor les da.

»Los indios están en extremo contentos, tanto que me dicen que, si me voy, se han de ir conmigo. Bien entiendo que, si el virrey y gobernador ayudan, serán los demas fáciles de traer y congregar, porque muchos no viven en pueblos. Dios mueva á los que gobiernan, para que se compadezcan de esta pobre gente.» Hasta aquí la carta de este siervo de Dios.

Pasados estos trabajos y peregrinaciones, fué enviado de la santa obediencia á otra ocupacion no ménos prolija, que fué á fundar el colegio de Guatemala, que dista de los tepeguanes cuatrocientas leguas. Que como conocian los Superiores cuán á propósito era este insigne varon para semejantes

obras y para la necesidad de aquella ciudad y reino, echaron mano de él, y, aún en los caminos, fué grande el número de almas que sacó de pecado.

Cuando llegó á Guatemala, halló que el Obispo, habiendo salido á visitar su obispado, habia dejado orden para que no dejasen al nuevo predicador administrar los santos Sacramentos, ni aún decir Misa en sus iglesias, donde aún no la tenia la Compañía.

Sabiendo esto el P. Jerónimo Ramirez, se partió luego con su compañero en busca del Obispo que estaba léjos, caminando de dia y de noche sin parar y con harto trabajo. Al principio no fué recibido con mucho agasajo como de Religion nueva en aquella ciudad y provincia. Comenzó el Obispo á examinar al Padre en un caso de moral bien dificultoso, y despues en la explicacion de un lugar de Job que no ménos lo era. A todo respondió el prudente Padre con grande satisfaccion, porque la podia dar en esas materias.

Propuso él despues al Obispo con mucha humildad y sumision el intento con que le habia enviado la santa obediencia, y de tal manera quedó pagado aquel Prelado de sus letras y gran celo de ganar almas, que le dió amplia facultad para ejecutar todos los ministerios de la Compañía, y no se contentó con sólo eso, sino que el mismo Obispo, con notable edificacion de toda la ciudad, iba á honrar las doctrinas que este apostólico varon hacia; y hubo tal mudanza en la ciudad con sus sermones y doctrinas, que no la conociera quien ántes la hubiera visto, haciendo todos grande estima de la santidad que en este siervo de Dios resplandecia. El cual no satisfecho con el fruto que habia hecho en la ciudad, salió con su acostumbrado fervor por los pueblos comarcanos, donde no fué menor el fruto y casos raros que le sucedieron en orden á remediar en tiempo de peligro algunas almas, de cuya necesidad Dios le daba particular luz y conocimiento.

Caminaba acompañado de un noble mancebo, que despues entró en la Compañía, y á deshora se hallaron que habian perdido el camino; columbró de léjos este santo Padre una choza, y dijo al compañero: «Vamos, que allí nos espera una grande necesidad.» Fueron y hallaron una enferma sola y tan al cabo que, en acabándola de confesar, espiró, y enterrándola, prosiguieron su camino, y en el mismo, habiendo llegado otra noche á una posada, en ella estaba el P. Ramirez en un aposentico en su acostumbrada oracion, y el mancebo que le acompañaba estaba en otro acostado y á deshora, revolviendo algunas liviandades en su corazon; reveló Dios á su siervo en lo que estaba ocupado aquel su compañero, porque, entrando con presteza, le avisó que no diese entrada á tales pensamientos, y estuviese más alerta en desecharlos, cosa en que reparó mucho este mancebo.

Muy semejantes á estos fueron los casos que le sucedieron á este fervoro-

so Padre con colegiales del colegio real de S. Ildefonso, que tiene á su cargo la Compañía en la ciudad de Méjico, para donde fué llamado despues de haber fundado el de Guatemala, para que criara en toda virtud aquella noble y numerosa juventud.

Aquí, siendo su Rector y velando siempre el aprovechamiento en letras y virtud de esta familia, le descubria Dios los corazones de los colegiales que tenia á su cargo, y como si el pecho fuera de cristal, veia distintamente lo que por ellos pasaba; porque sucedia que pidiéndole algunos licencia para salir fuera, él les decia el desordenado ó dañado intento que los sacaba de casa, exhortándolos al arrepentimiento de ofensas que contra Dios trazaban. Y de este aviso de su santo Rector, que penetraba sus conciencias, sucedió quedar algunos tan compungidos que, saliendo de su presencia, se fueron derechos á los pies del confesor.

Era en aquel colegio tan valida la opinion de que su Rector conocia los secretos de los corazones, que los que no estaban con la rectitud de conciencia que debian, huian de su presencia, aunque él los trataba con amor de padre; y con él puso en tanto concierto y orden el colegio, que parecia un noviciado de una religion.

Pero despues de estos tan santos empleos, le tenia Dios guardado otro al P. Jerónimo Ramirez, en el cual volviere á emplear el fervoroso talento, lenguas y espíritu, que desde su juventud la divina bondad le habia comunicado de ayudar las almas de los pobres indios, y que en esta empresa consumase el curso de su santa vida.

La ocasion de esta mudanza fué que el año de 1617 murió en Pazcuaro el P. Juan Ferro, grande operario en la lengua tarasca de Mechoacan, muy señalado en religion y celo de la salud de los indios, y, para suplir tan grande falta, echaron mano los Superiores de este insigne varon. El cual aunque habia ya algunos veinte y siete años que no ejercitaba los ministerios en esta provincia, luego predicó en ella con el acostumbrado fruto y con tanta propiedad, que las mejores lenguas de la tarasca y los beneficiados Curas le iban á oír predicar dos y tres sermones al dia, admirados de su elegancia, del fruto que hacia y de lo que en tal edad trabajaba así en la ciudad de Pazcuaro como en las continuas misiones á que salia. Y los beneficiados andaban á porfía de quién lo habia de llevar á su partido, siendo los de las Indias de tres, cuatro ó más pueblos que un solo Cura tiene á su cargo. Y este apostólico varon, como la piedra, que cuando se acerca á su centro va con mayor ímpetu, así parece que, sintiéndose ir más cercano á Dios, era mayor la fuerza con que deseaba servirle y llevar almas al cielo.

Anduvo estos tres años últimos de su vida discurriendo por varias partes

de tierras frias y calientes, cuales son las de Mechoacan, sin dejar minas, aldeas ni estancias donde no hiciese doctrinas, predicando, confesando con notable fruto en todas partes, y sacando de pecado innumerables almas.

Llegósele la última mision, que por ser á tierra caliente y el año climatérico de su edad de sesenta y tres, temia, ó sabia y lo decia, que ese año habia de morir, aunque su ánimo invencible le animaba á no temer la muerte. En esta mision le cogió, causada del inmenso trabajo é incomodidades que tomaba por su Dios y por el bien de innumerables almas de cristianos y de gentiles que convirtió.

Luego que cayó enfermo en un pueblo de indios, veinte leguas de Pazcuaro, teniendo noticia de su enfermedad el P. Rector, despachó al P. Jerónimo de Santiago, gran misionero en la lengua tarasca, para que le asistiese. Apretóle la enfermedad al siervo de Dios, el cual recibió los santos Sacramentos con gran consuelo de su alma, por entender que nuestro Señor se lo llevaba para sí; y, poco antes de expirar, le regaló su divina bondad con un maravilloso raptó; porque las postreras palabras que dijo al P. Santiago fueron: «Espere V. R., *videbis mirabilia.*»

Quitósele la habla, y á poco rato murió en el Señor este varon apostólico, á 12 de enero de 1621 años, siendo de edad de sesenta y tres, los cuarenta y tres de Compañía, y los treinta y seis de misionero evangélico en todas las provincias de la Nueva España. Y ¿quién no entenderá que llegaria muy cargado de merecimientos á la presencia de Dios el que en tantos años y con tan gran teson de trabajos ganó tantas almas para su Majestad?

Fué depositado su cuerpo en la iglesia de aquel pueblo con grande estima de los naturales, que se tenian por dichosos de tener en su iglesia el cuerpo del que tenian por santo, y despues, aunque con grande repugnancia suya, se trasladó al colegio de Pazcuaro, hasta que se le llegue el dia en que glorioso, unido con su alma, goce de la gloria eterna.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez en su *Historia de los triunfos de la fe.*

P. NIEREMBERG.